

Una visión crítica (no propositiva) de “La Fatal Arrogancia” de Hayek

Luis Cervantes Jáuregui.

Esta es la versión estenográfica (e inédita hasta nuestro conocimiento) de la última participación pública que realizara el Dr. Luis Cervantes Jáuregui (1945-1992), quien fuera profesor e investigador adscrito al Departamento de Sociología de la unidad Azcapotzalco de la UAM. Dicha alocución tuvo lugar en el 13 de mayo de 1992, en calidad de comentarista dentro del ciclo de conferencias “Teoría Política de la Modernidad: Desarrollos Recientes”, las cuales se desarrollaron en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Apenas unos meses después, moriría el 3 de septiembre de ese mismo año víctima del cáncer. El profesor Cervantes formó parte destacada de una generación de figuras en el terreno de la teoría sociológica y la filosofía política, quienes también partieron de manera prematura, y a la que también pertenecieron los profesores Catherine Nelson y Francisco Galván. Lo que el lector podrá leer a continuación, cuya temática se concentra en analizar la concepción del filósofo y economista austriaco Friedrich A. von Hayek (1899-1992) en una de sus últimas obras como lo es La fatal arrogancia. Los errores del socialismo, le permitirá atisbar una muestra sobria (pero contundente) de la seriedad y madurez alcanzadas por el autor de textos que pueden considerarse ahora como clásicos póstumos, como lo son Los límites de la modernidad (editado por la UAM Azcapotzalco en 1993) o Los valores políticos (publicado por la BUAP en 1994). Estamos seguros que el legado de Luis Cervantes Jáuregui persiste en la memoria de quienes conocieron y compartieron la vivacidad, la ironía y la sapiencia de sus ideas. De ahí que Casa del Tiempo y la UAM le rindan un modesto homenaje a quince años de su fallecimiento. (Transcripción y nota de Víctor Alarcón Olguín)

CUANDO EL GRAN ECO de la caída del socialismo en la Unión Soviética y en los países de Europa Central no se había mitigado y la marejada del liberalismo revitalizado continuaba extendiéndose por todo el planeta, moría uno de los más tenaces adversarios de aquella corriente política, defensor asimismo persistente de la segunda, Friedrich A. von Hayek. El doble evento político, una de las combinaciones de mayor resonancia de nuestro siglo homenajea su memoria, justo es reconocerlo. Mas no es ésta una postura encomiástica, ni es mi propósito encaminarme por esa dirección. Intentaré por el contrario, reunir algunos elementos críticos acerca de la obra postrera de Hayek, los cuales presentaré como una crítica provisional de su pensamiento.

Dos veces en un renglón he mencionado la palabra crítica. Quiero decir con esto que no me ocuparé de mantener una actitud propositiva, infringiendo seguramente un protocolo en boga en nuestro tiempo. La propositividad quizás han mellado los agujijones de la criticidad. Creo que es hora de pulirlos de nuevo. Otro factor de mi esterilidad propositiva es que, ante la polémica desatada por Hayek, cuyos interlocutores son la “razón constructivista” –así llamada por él y endilgada por éste al socialismo– y la llamada “razón crítica”, mediante la cual se autodefine. Ante ambas defenderé una “razón contemplativa” o “estética”, vuelta de espaldas respecto del mensaje contenido en el versículo del Génesis tan citado por Hayek, y que reza: “Llenad la Tierra y dominadla”. Puesto en términos políticos, lo anterior significa que frente a las dos expresiones de racionalismo constructivista o crítico, frente a las políticas socialista o liberal, yo me ubicaré en un terreno que, con otros autores,



la filosofía de Nietzsche a la luz de nuestra experiencia (Thomas Mann)

casa del tiempo
entrevista a José Agustín
Marxismo y revolución
revolucionaria
fotografías de Hector garcio

epístola nostálgica y jovial (Luisa Segura)
entrevista a Mario Vargas Llosa (Luisa Segura)
identidad cultural

casa del tiempo
entrevista a
José Martí
revisión de la obra
de los hermanos de campo

casa del tiempo
entrevista a Carlos Fuentes
Fuentes de:
la literatura
del siglo XX

casa del tiempo
fotografías de Javier Amador
poemas
entrevista a
Jorge Icaza

casa del tiempo
entrevista a
Luisa Segura
Luisa Segura
fotografías de
Luisa Segura

casa del tiempo
la sexualidad
entrevista a
Jorge Icaza

casa del tiempo
entrevista a
Cristina Pacheco
cuentos
ensayos
poemas
fotografías de Graciela Iturbide

casa del tiempo
entrevista a
Luisa Segura
fotografías de
Luisa Segura

Casa del tiempo
Man Ray
(1890-1976)
INVITACION
A T.S. ELIOT

casa del tiempo
Sergio Pitlor
El andariego
en casa

Casa del tiempo
Del encuentro
amoroso

podría calificar de “meta-política”. Esto es, el acto de ver a través de la política; y ver, solamente ver.

La inmersión de Hayek en el mundo contemporáneo. Su manera liberal, o más bien liberal-conservatista de hacer, nos brinda la ocasión de bucear con él y observar las corrientes submarinas, los peces y el fondo. Inmediatamente constatamos que los protagonistas de su disputa reclaman para sí el título de la mejor ordenación del mundo.

Una cuestión tan grandilocuente por fuerza distrae nuestra mirada hacia las instituciones, las normas, los valores, los contingentes y los líderes capaces de lograr tan amplia tarea. Una vorágine de objetos, de recursos, y de gentes, convertidos en instrumentos, aparece ante nuestra vista. La organización objetual y procesual de lo humano, a fin de lograr los resultados más halagadores; todo ello en dos versiones contrapuestas. Sigamos esta ruta con un ojo al gato y otro al garabato. Y en el momento propicio interroguemos a Hayek acerca del sentido de sus vastas proposiciones. Como ha quedado dicho, Hayek presenta una furiosa denuncia al socialismo. Tiene ésta dos facetas: una moral, la arrogancia; y la otra intelectual, el error.

Ambas se unifican por virtud de una entidad: a saber, la razón constructivista. Aunque a veces no es así, casi todo el texto deja la impresión de que él imputa al socialismo el monopolio contemporáneo de ese racionalismo falaz. Vale la pena repasar algunas de sus características citadas por el economista austriaco. Descontenta con el mundo de lo humano, calificándolo de irracional, la Razón (ensoberbecida por sus éxitos científicos) se echó a cuestras la misión de sustituir las normas vigentes por otras, estas sí racionales y científicas. La igualdad, la justicia, el bienestar, podían estar al alcance de todos mediante la acción y la vigilancia de un poder concentrado, rigurosamente informado y puesto en las manos de iluminados dirigentes.

El socialismo, según Hayek, fue intérprete de estos deseos racionalistas, bien intencionados en el mejor de los casos, pero no por ello menos exorbitantes y equívocos. La acusación más agria de Hayek hacia el socialismo estriba en su inmoralidad. La tradición moral del Occidente moderno según él, es negada de plano por la pretensión socialista de instaurar otra moralidad, ajena de los valores que habrían permitido la evolución de un proceso civilizatorio, caracterizado por las mayores cotas generales de libertad, y por las mejores oportunidades para garantizar la supervivencia de la abundantísima población mundial.

No puedo dejar de mencionar en este punto mi sorpresa al leer en el libro de referencia, la biunívoca correspondencia

entre el racionalismo constructivista y el socialismo. Admitiendo que esta corriente político-ideológica esté –salvo muy honrosas excepciones– empapada hasta el tuétano de racionalismo constructivista, el que esta “enfermedad” sólo se haya cebado en los socialistas, me parece rotundamente falso.

Es, como ha sido reconocido por numerosos observadores, un virus moderno, que no sabe distinguir ni respeta las preferencias políticas de sus víctimas. Y montones de liberales han padecido sus efectos. Véase por ejemplo, el caso de los liberales mexicanos de la Reforma, quienes anhelaron sustituir de golpe y porrazo la mentalidad y las instituciones varias veces seculares dejadas por la era novo-hispana. O los planes militarmente inducidos para modernizar América Latina después de la Segunda Guerra Mundial.

Es más bien, un fenómeno –éste del racionalismo constructivista– de lo moderno en todas las manifestaciones políticas de esta gran era multiseular que ha vivido la humanidad. Doy por sentado entonces que comparto la crítica de Hayek al racionalismo constructivista; pero esta misma crítica curiosamente la leí por vez primera en textos de socialistas italianos contemporáneos, muchos de los cuales, con otros de países diversos, se han afiliado a la tendencia del racionalismo “débil” o “limitado”, haciendo eco del término hayekiano. Justo es decir que ellos no se alimentaron tan sólo de sus propias fuentes socialistas, y que Karl Popper, Herbert Simon, Albert O. Hirschman, Niklas Luhmann y quizás el mismo Hayek, figuraron entre aquellas.

Pero dejemos atrás la marrullería del austriaco, según la cual quiso aventar todas las culpas de la razón fuerte, de la razón constructivista sobre su odiado socialismo, y vayamos a un campo más comprometido, el de la definición del llamado racionalismo crítico, que es para mi gusto el tema positivo –y así calificado propositivo– más importante del libro en cuestión.

Se precisa para comenzar, un raudo resumen de las palabras de Hayek al respecto. El mundo de lo humano –según él– no forma un orden intencionalmente construido. Él utiliza la palabra griega *taxis*, para denominar a este orden intencionalmente construido, que configura un orden extenso, espontáneamente autorregulado, y por ende no intencional. Este orden utiliza la palabra griega *cosmos* para denominarlo. La manera de auto-organizarse y de evolucionar de este orden es análoga a la desempeñada por los procesos químicos y biológicos.

No es la razón la que programa y antecede la formación del orden, sino –dice Hayek– algo que está entre el instinto y la razón. Ese algo es la facultad humana de perseguir fines

propios y de aprender con ello, a enfrentarse a lo desconocido. Una multitud de estos actos individuales se acumula y se van conglomerando en reglas y normas aprendidas a costa de una larga experiencia. Nadie sabe en detalle como se logra la coordinación global, pero poco a poco se van detectando y destacando algunas señales —el ejemplo favorito de Hayek es el sistema de precios respecto del orden extenso de la sociedad y de la economía — que orientan la acción de los sujetos y con ello, se pueden generar las condiciones para el mantenimiento y la evolución del orden.

Pero el orden consiste sobre todo, en una serie de normas morales muy abstractas, heredadas de antiguo, no justificables racionalmente, aunque si apoyadas por ciertas creencias religiosas y sumamente eficaces para soportar el orden. La moralidad hayekiana es pragmática. Todo aquello que se adapte bien al funcionamiento de la *catalaxia*, u orden mercantil, es bueno para su sistema; es por ello funcional y no le importa el tipo de motivos o convicciones que en la conciencia individual existan, con tal de que produzcan el resultado apetecido. Se identifica entonces con los requisitos conductuales y formales para que la economía mercantil marche adecuadamente. El respeto de la propiedad plural, el trabajo disciplinado, la responsabilidad, la honestidad, etc. Todas estas normas definen los límites generales de la libertad de las personas y se orientan para Hayek a permitir a cada uno el fijar sus propios fines e ir tras ellos.

Un aspecto clave del discurso de Hayek está allí. La restricción de la libertad nata permite el aseguramiento de la mayor libertad posible para todos, ya que el orden se logra con la espontánea concurrencia de las decisiones libremente asumidas respecto de los fines particulares. Pero no para allí la cosa. Esto multiplica el poder del conjunto para hacerse del cúmulo de información dispersa, inatrapable por agente individual alguno, así se trate de un poder centralizado. El poder multiplicado crea muchas posibilidades nuevas y arroja una cantidad inigualable de bienes y renta sobre el conjunto. El orden está dotado en consecuencia, de una dinámica naturaleza que va evolucionando en forma expansiva, la civilización progresa, la calidad de la vida mejora, la población aumenta, no como una rémora, sino una condición misma de la evolución ulterior. He estado resumiendo el planteamiento hayekiano.

Algo es incompatible con el orden extenso y espontáneo del mercado. La intromisión de programas racionalistas por parte de los poderes centrales o concentrados. Tampoco soporta el orden hayekiano la regulación con miras a una distribución justa de los bienes o de las rentas.

Mucho menos se lleva con las conductas provenientes de costumbres tribales, familiares, o en general de tradiciones que fomenten actitudes como la contemplación, el ocio, la solidaridad, o cualesquiera otras que no concuerden con las prácticas mercantiles. Las sociedades no civilizadas a la manera de Hayek, por supuesto, se enfrentan entonces al dilema de morir de hambre, o de sacrificar sus tradiciones para modernizarse.*

* * *

[...] Una figura humana se aparece y se nos acerca. Es la figura del hombre hayekiano. Su protagonista, el eje de su teoría, es el individuo económico. Es una imagen desconcertante. Muda de aspecto tan fácilmente como el *Zelig* de Woody Allen. “El Camaleón Humano”, se le decía en esa cinta, por su sorprendente capacidad de adaptarse a cualquier ambiente. Como el de las cucarachas, su organismo es simplísimo. Vemos adentro y está vacío. No posee nada en su interior. Sólo un conjunto de trazos abstractos y generales le dan el aspecto humano. Las normas, los roles, los procedimientos, las leyes, todos los cuales ha de observar y adecuar a las circunstancias eficientemente. De ahí su enorme capacidad de supervivencia.

De nuevo, el caso de las cucarachas se hace presente. Se dice y ha de ser cierto, que serían los únicos seres vivos que resistirían una catástrofe nuclear. El organismo más simple es al mismo tiempo el que tiene las funciones más abstractas que se pueden adaptar a cualquier tipo de situación. Ese es un principio sistémico. Pero la evolución para llegar a eso es un proceso de abstracción sumamente complejo.

Esta figura de Hayek, aparte de su bagaje procedimental, cuenta con ciertos instintos remanentes de cuando fue un ser humano primitivo, cuando para él contaban mucho los familiares, los amigos, etc. Pero estos instintos arcaicos están bien resguardados por la tupida malla de roles aprendidos y de hábitos funcionales. Su sed de infinito la sacia con creencias cuidadosamente seleccionadas por la evolución anónima, las cuales además de entregarle el consuelo durante los fracasos, son benignos respecto del orden vigente. Su vacío interior contrasta con la febril actividad que despliega en torno de sí. Su tiempo se llena y es solicitado hasta el atosigamiento y la fatiga por la infinidad de ires y venires.

A cambio recibe muchas oportunidades y no poca gratificación. Una amplia gama de proyectos puede tupir

* Por desgracia aquí se perdió una muy pequeña parte de la exposición debido al cambio del audio-cassette.

su existencia, y el orden puede entregarle a manos llenas colecciones de opciones como cada vez que sale un genio. Aunque no es de equivalentes este intercambio, puede satisfacerle al menos momentáneamente, pero la vida está llena de momentos. Algo definitivo como presagio deja nuestra observación de este ente peculiar: provecho, gratificación, poder. Son quizás los residuos de los instintos arcaicos que permanecen en aquel ser –a pesar de no parecerlo–, y que tiene aún sangre en las venas.

El poder. Examinemos más de cerca este fenómeno, es decir alejémonos de este espécimen hayekiano con objeto de verlo entre sus semejantes. Si bien dentro de sus programas funcionales –vale decir, su memoria– hace mucho que desapareció la pretensión del poder personalizar –y más aún el del poder total personalizado– en el país de estos actores, la reforma del presidencialismo patrimonialista, la cual ocurrió hace décadas. Y si bien sus programas contemplan su actuación en un medio de elevada incertidumbre e incontrolable variabilidad, negándose con ello toda pretensión de saber total, no obstante como era en el caso de los antiguos constructivistas, el anhelo insatisfecho de ese saber total ha dejado una pulsión de poder total en la especie. Y es aquí donde describimos su íntimo parentesco con aquel racionalismo constructivista de viejo cuño.

La prueba de esto es asaz elemental: es profundamente intolerante respecto de lo radicalmente otro. Su carácter prolífico y expansivo tiende al absolutismo planetario. Va borrando de la faz de la Tierra cualquier modo de vida ajeno. Se parece demasiado en estas proclividades al constructivismo que Hayek tanto criticó.

Tendrá razón Roberto Calasso, novelista italiano, cuando afirma que el orden sagrado reaparece furtivamente en este mundo funcionalista y desencantado bajo la figura del sacrificio. De sacrificio de los débiles, pero sobre todo de los diferentes. Y conste que el término de sacrificio lo he tomado textualmente de Hayek. El recinto humano, como sede de la lucha permanente de la razón, la sensibilidad y los sentimientos profundos; éstos, los portavoces de lo insondable de cada uno de nosotros, de nuestra intangible comunión con los otros, con lo Otro. Dichos sentimientos y afectividades, como la prolongación del resto del Universo en cada uno, solamente una antropología pedestre es capaz de confundir con los instintos tribales y primitivos. Y hacerlos objeto de la represión interior con la mira de definir el espacio de la libertad exterior.



En este terreno la confusión aumenta a proporciones, porque si algo merece el nombre de libertad es el encuentro franco en el interior de cada quien entre el sí mismo y el Otro, es decir, el resto del Universo. Este es el momento sagrado, el de la creación de las formas de lo humano, de la Vida Nueva, como decía el Dante. No se trata de santiguarse ante la irrupción de los demonios de la extralimitación, de la orgía o de la barbarie. Se trata de la Nueva Vida, la que nace, la cual no es producto de mecanismo alguno, sino del ejercicio de la capacidad humana, la que por excelencia consiste en preguntarse por sí mismo.

Si, una pobre antropología está en el centro de la obra de Hayek. Es el nihilismo como antropología. Del hombre sólo hablan sus acciones. No quiero negar –entiéndase bien– el poder emanado del orden hayekiano, pero si quiero contradecir su imagen sin fisuras de lo humano, el individuo económico. Antes bien, el hombre está transido por la lucha sin cuartel entre las determinaciones racionalistas y su abismal fondo afectivo, vía de comunicación suya como he dicho con lo Otro, con lo negado propiamente por el discurso hayekiano, con el Todo, con la Nada.

Ningún orden puede prevalecer ante ese enfrentamiento monumental, porque es nuestro principio vital. Y si aquí me referí a la preeminencia ontológica de tal tensión humana, también puede incluirse en esa afirmación lo relativo a la pervivencia fáctica del orden extenso, o por lo menos de su estabilidad. Ningún orden es capaz de resistir los asaltos imprevistos del fondo sentimental. Ninguna consideración práctica soporta el embate de lo elemental. No de los atavismos tribales, sino de la afectividad expresada con fuerza estética y vuelta reforma de la vida.

No es el Hombre un ente entre los demás. No es un pseudo-mecanismo cuya historia profunda haya que leerla a través de las interacciones moleculares. Por más que dichos procesos guarden cierta homología respecto de las agrupaciones de los hombres cuando éstos se consideran como instrumentos, la ignorancia de su constitución ontológica profunda sólo tiene una vía de salida, la fatalidad nihilista. Esta es mi discrepancia principal con la obra de Hayek.

Regresando al inicio del texto, he aquí por qué coloco del mismo lado las dos versiones del racionalismo, el constructivista y el crítico, tratados por Hayek a pesar de sus diferencias. Agrego ahora que sólo puede ser profundamente crítico el argumento que se distancia de ellos al modo de una razón contemplativa, estética. •